

prisita á su casa, disfrutando ya de la alegría que iban á producir en la familia tan inesperadas noticias. El caserón, mudo guardador del secreto de tantos sufrimientos, de tantos cambios á su vista pasados, quedaba allí de pie y sombrío, faltando á la verdad con su cartel en que se leía : « Se alquila esta agradable casa, á propósito para familia ».

CAPÍTULO LX

MATRIMONIAL, PRINCIPALMENTE

Llegó el momento de la gran fiesta que el Dr. Blimber y señora ofrecían á sus alumnos con motivo de las vacaciones veraniegas. Como siempre tuvieron el honor de invitarlos, á ellos y sus familias, á pasar en su compañía la noche señalada, con indicación de que se bailarían. Esta fiesta, como las precedentes, comenzaba temprano; á las siete y media. Como siempre también los caballeritos, sin entregarse á demostraciones de inconsiderada ligereza, se irían á sus respectivos domicilios bien repletos de ciencia. Mister Skettles ya se había marchado al extranjero, siendo en la actualidad ornato de los salones de su padre sir Barnet Skettles, quien gracias á sus innumerables relaciones, desempeñaba un alto cargo diplomático. Por cierto que sir Barnet contando no solamente con el ornato de su hijo sino con el alto saber de lady Skettles no había suscitado la inquina de sus compatriotas residentes en el país donde él se hallaba : cosa que se consideraba como un prodigio de su habilidad diplomática. Mister Tozer, hecho un joven de elevada estatura, con botas á la Wéllington, se hallaba á la sazón enteramente atiborrado de antigüedad

clásica, de tal modo que hubiera sido muy capaz de dar cara á un romano de veras en el conocimiento de la lengua... inglesa : era un triunfo que proporcionaba á sus buenos padres toda una serie de tiernas emociones. Y que producía otro resultado : el insomnio del padre y de la madre del joven mister Briggs. En efecto, este chico seguía teniendo la cabeza como una maleta sin arreglo : cada vez que buscaba alguna cosa revolvía todos sus conocimientos sin lograr echar mano al que buscaba. De modo que sus padres andaban siempre cabizbajos. Si algún fruto había recogido el joven Briggs del árbol de la ciencia lo tenía sometido á una presión tan grande que ya ni forma, ni color, ni sabor le quedaba. En cuanto á máster Bitherstone se encontraba indudablemente mejor : se hallaba á bordo de un barco, que le llevaba camino de Bengala. Claro está que habiendo cesado para él la presión del aparato de fabricar ciencia se le iban evaporando rápidamente los conocimientos encerrados, de tal modo que no tenía seguridad de que le durara siquiera la declinación del nombre sustantivo hasta el término de su viaje.

Cuando el doctor Blimber, prosiguiendo el uso, iba á decir « Señores : reanudaremos los estudios el veinte y cinco del mes próximo » no dijo esto, sino « Señores : cuando nuestro amigo Cincinato se retiró á su hacienda campestre no designó á nadie, ante el Senado, en calidad de sucesor. Sin embargo, señores, aquí tenemos un romano (al decir esto, el Dr. Blimber apoyó la mano en el hombro de mister Feeder, B. A.) *adolescens imprimis gravis et doctus*; y yo, señores, al retirarme de igual manera que Cincinato, yo lo presento ante mi pequeño Senado para que lo reciba como futuro Dictador. Señores : reanudaremos los estudios

el veinticinco del mes próximo, bajo los auspicios de mister Feeder, B. A. » Al oír esto (ya lo había participado al Doctor Blimber á los padres de sus alumnos, con las explanaciones consiguientes) el Senado aplaudió y levantándose mister Tozer, en nombre de todos presentó al doctor una escribanía de plata, ofreciéndosela con un sabio discurso en el que su lengua materna sólo entró por parte pequeñísima, como empalme de quince citas en latín y siete en griego. Los más jóvenes de aquella asamblea de caballeritos, estaban disgustados, « ¡Oh, ah! — decían — ¡Tiene gracia! ¿ Acaso hemos dado nuestro dinero para que ese Tozer se las eche de plancheta? ¡Ni que el tintero fuera suyo! El tintero es de todos : no hay razón para que ese Tozer se nos dé tanto lustre ». Estas y otras expresiones de descontento, en las cuales predominaba « ese Tozer » constituían una manifestación poco eficaz, pero sentida.

No se había hecho la más pequeña insinuación, delante de estos jóvenes, respecto al matrimonio de mister Feeder B. A. con la hermosa Cornelia Blimber. El doctor Blimber, especialmente, ponía particular empeño en aparentar la mayor ignorancia de aquel próximo acontecimiento ; pero en realidad era un secreto á voces : todos aquellos caballeritos lo sabían y así lo demostraron, al despedirse para salir de vacaciones á sus casas, pues no hubo ni uno que dejara de manifestar en aquel momento á mister Feeder cierta compasión pavorosa.

Y sin embargo, para Feeder era aquel matrimonio la realización de sus sueños románticos. El Doctor estaba determinado á que se revocara la fachada, á que se hicieran por dentro de la casa las reparaciones necesarias, á ceder el establecimiento y á desasirse

de Cornelia. Los pintores y demás operarios se pusieron á la obra al día siguiente de marcharse los escolares. Y he aquí, ¡por fin! el día de la boda. De mañana estaba esperando ya Cornelia — y en ella un par de gafas nuevas — el instante de ir al altar de Himeneo.

El Doctor, con sus sapientes piernas, mistress Blimber con un sombrero lila, mister Feeder B. A., con sus manos huesudas y la cabeza como un cepillo con el pelo de punta y un hermano de Feeder, el Reverendo Alfredo Feeder M. A. (1), á cuyo cargo estaba la celebración de la ceremonia, se encontraban reunidos en la sala. Cornelia, con sus flores de azahar y sus acompañantes (2) acababa de bajar de su cuarto y como otras veces parecía bastantes encorsetada, pero siempre agradable, cuando se abrió la puerta y el criado miope anunció en voz muy alta « ¡Mister y Mistress Toots! »

En seguida apareció mister Toots hecho un mocetón y dando el brazo á una señora guapa de ojos negros y bien vestida.

— Mistress Blimber — dijo al entrar el joven Toots, — permítame usted que la presente mi mujer.

Manifestóse mistress Blimber complacida, no sin cierta condescendencia, pero muy afable.

— Y como me conoce usted hace mucho tiempo —

(1) M. A. : *Master of arts*, maestro en Artes, grado superior á Bachiller en Artes y título de dignidad en las Universidades. (N. DEL T.)

(2) *Bridemaids*. Las doncellas (*maids*) acompañantes de la novia (*bride*) : las *demoiselles d'honneur* en Francia. No hay equivalente exacto en las costumbres españolas; la *madrina* de boda no es precisamente lo mismo. Aparte de que madrina no hay más que una y las *bridemaids* pueden ser varias (N. DEL T.)

añadió Toots, — ha de permitirme también otra manifestación y es que mi esposa es una de las mujeres más notables del mundo.

— ¡Oh, por Dios! — exclamó mistress Toots rechazando el elogio.

— ¡Palabra de honor! — insistió Toots. — Aseguro á usted que es muy cierto.

Mistress Toots se rió y mistress Blimber hizo la presentación á Cornelia. También Toots presentó sus respetos á la novia, y luego saludó al doctor Blimber, quien aludiendo al estado conyugal de su antiguo discípulo, le dijo : « Muy bien, Toots, muy bien. Ya es usted de los nuestros. » Y con esto se retiró Toots con su amigo Feeder B. A., charlando confidencialmente junto á una ventana. Mister Feeder B. A., muy jovial, hizo un paso de box con su amigo, dándole con el revés de la mano un golpecito suave en lo alto del pecho.

— ¡Bueno, viejo zorro! — dijo Feeder riéndose. — De manera que ya lo estamos todos, ¿eh?

— Feeder — repuso Toots, — te doy la enhorabuena. Si eres tan... tan perfectamente feliz en la vida matrimonial como yo lo soy, no tendrás nada que desear.

— Yo no me olvido de mis amigos, ya lo ves — dijo Feeder; — yo los invito á la boda.

— Feeder — replicó Toots seriamente, — una porción de cosas me impidieron el invitarte yo á la mía. En primer lugar, yo había procedido como un asno al hablarte de miss Florencia Dombey; de modo que si te hubiera anunciado mi boda, tu primera impresión habría sido que me casaba con miss Dombey. Para explicarte que no era esto, se necesitarían muchas explanaciones; y, palabra de honor, en aquellos mo-

mentos no estaba yo bastante despejado para tal empresa. En segundo lugar, mi casamiento se ha verificado absolutamente en familia; no lo ha presenciado nadie más que un amigo de mi mujer y mío, un capitán de... no sé exactamente de qué, pero eso no tiene importancia. Pero, como antes de emprender nuestro viaje de novios te he mandado una carta de participación de enlace, me parece que no he faltado á mis deberes de cortesía.

— ¡ Vaya, vaya! — contestó Feeder dando apretones de manos á su amigo. — Lo que yo te he dicho es una broma.

— Y ahora, Feeder — añadió Toots, — dime qué te parece de mi casamiento.

— Admirable — repuso Feeder.

— Te parece admirable, ¿ verdad? — dijo solemnemente Toots. — Pues figúrate si será admirable para mí. Porque no te puedes figurar qué extraordinaria es mi mujer.

No lo negó Feeder, pero Toots creyó necesario insistir para que comprendiera bien su amigo.

— Ya sabes — dijo Toots — qué condiciones quería yo en una mujer para casarme, sencillamente que tuviera buen juicio. Dinero, yo lo tengo; sentido, sentido es lo que necesitaba.

— ¡ Oh, no! ¡ No digas eso! — murmuró Feeder.

— Sí, hombre, sí; esta es la verdad — repuso Toots. — Yo no tengo muy buen juicio. ¿ Para qué decir otra cosa? En cambio ella (Toots señaló con la mano á su mujer) tiene que la sobra. Yo no tengo parientes que se puedan ofender porque mi mujer fuera de esta ó de la otra condición social; la única persona que pudiera considerar allegada era mi antiguo curador. Ahora te diré en confianza que mi tutor

y curador ha sido siempre para mí un pirata. Claro está que no iba á pedirle yo su parecer para casarme.

— Es natural — asintió Feeder.

— Por consiguiente — resumió mister Toots, — he procedido nada más que á mi gusto. Y te aseguro que el día en que me decidí fué un gran día. Nadie sabe mejor que yo hasta dónde llega la capacidad intelectual de mi mujer. Si alguna vez los Derechos de las mujeres, y todo lo demás consiguiente, necesitan apoyo, no tienen que hacer sino dirigirse á la poderosa inteligencia de mi esposa... Susana — añadió Toots mirando atrás por entre las colgaduras de la ventana, — no te agites de esa manera, no es bueno agitarse.

— No, hijo, no — contestó mistress Toots; — no tengas cuidado, estoy hablando algo animada nada más.

— En fin, mi vida, no te alteres — insistió Toots. — Ya sabes que toda la tranquilidad es poca. — Y, dirigiendo la palabra á Feeder, continuó. — En cuanto empieza á hablar se olvida de lo que la ha recomendado el médico.

Mistress Blimber estaba inculcando en el ánimo de mistress Toots la necesidad de tomar precauciones para conservar la salud, cuando mister Feeder B. A. cortó la conversación ofreciendo el brazo á la señora del doctor para bajar á tomar los coches que ya esperaban. El doctor Blimber dió el brazo á mistress Toots, mister Toots á la novia, y en torno de ésta, revoloteando como dos mariposas, iban las tenues señoritas acompañantes. El hermano de mister Feeder, mister Alfredo Feeder M. A., ya los había precedido á fin de estar listo para el desempeño de sus funciones cuando llegaran á la iglesia los novios.

La ceremonia se verificó de manera perfecta. Cornelia, con sus encrespados ricitos, « se metió », como hubiera dicho el Pollo-bravo, con coraje. Y el doctor Blimber dió la mano de su hija como un hombre que ya lo tenía bien pensado. Las tenues señoritas se emocionaron, al parecer, sobremanera. Y mistress Blimber, sumamente afectada, aunque de manera muy digna, dijo al reverendo mister Alfredo Feeder M. A., cuando regresaron á casa, que si hubiera tenido la dicha de ver, á lo menos una vez, á Cicerón en su retiro tusculano, ya no ambicionaría nada más en su vida.

Después tuvo lugar el almuerzo, limitado también á pocas personas. La animación de mister Feeder B. A. fué extraordinaria y comunicativa, de tal modo que mister Toots tuvo necesidad de recomendar más de una vez á Susana que no se agitara, que permaneciera muy tranquila. Y lo mejor de todo fué que Toots se creyó en el ineludible caso de pronunciar un brindis; de modo que, á pesar de las señas que le hacía su mujer para disuadirle de su empeño, Toots se lanzó á hablar por primera vez en público.

— Verdaderamente — comenzó mister Toots — en esta casa, donde tanto se ha hecho por mí en orden á... á la inteligencia, temo que... pero, en fin, no tiene importancia. En una casa donde he sido tratado como de la familia, donde he tenido un pupitre para mí, durante un largo periodo de tiempo, no... puedo... dejar que mi amigo Feeder se... se...

— Se case, sin... (apuntó Susana).

— Aprovecharé esta oportunidad — dijo Toots, radiante, cortando el hilo de su brindis — para manifestar que mi mujer, aquí presente, es por todo extremo notable y hablaría mucho mejor que yo.

Digo que no puedo dejar que mi amigo Feeder se case con...

— Miss Blimber (apuntó de nuevo Susana).

— Con mistress Feeder — repuso Toots rectificando á su mujer en voz baja; — lo que Dios junta, los hombres no separan. Digo que no puedo dejar que mi amigo Feeder se case con mistress Feeder sin proponer un brindis en su honor y en el de mistress Feeder. Ojalá — prosiguió Toots mirando á su mujer como para inspirarse en sus ojos, — ojalá sea la antorcha del himeneo luminoso, faro de júbilo, y ojalá consigan estas flores, hoy á sus pies sembradas, consigan... des... desterrar las... las penas.

El doctor Blimber, que tenía gran debilidad por las metáforas, quedó encantado de éstas.

— ¡Muy bien, Toots! — exclamó. — Muy bien dicho.

Y aplaudió, haciendo al mismo tiempo señas afirmativas con la cabeza.

Mister Feeder contestó pronunciando un brindis ingenioso en el que abundaba el sentimiento. Mister Alfredo Feeder M. A. felicitó mucho al doctor y á mistress Blimber; mister Feeder B. A. cumplimentó á las tenues señoritas. Por último, el doctor Blimber en persona tomó la palabra, y con sonora voz expuso algunos pensamientos á manera de égloga en que no faltó el pajizo techo y el zumbido de las abejas rumbosas que volarían en derredor de la cabaña á donde él y mistress Blimber en breve iban á recogerse. Poco después, y como los ojos del doctor pestañeaban de notable manera, y como su hijo político entre otras observaciones inquietantes decía que no tenía prisa alguna, y que si mistress Toots tenía la bondad de cantar alguna cosita se alegraría mucho, juzgó la